

ALGUNAS PAGINAS DEL SABIO FRANCISCO JOSE DE CALDAS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 66-67, Volumen XVIII
Segundo y Tercer Trimestres de 1960*

La Sociedad Geográfica de Colombia,

con motivo de la celebración del sesquicentenario de la independencia nacional, rinde tributo de gratitud y admiración a los fundadores de la República.

Por este alto motivo, en la presente entrega no publicamos el material acostumbrado sino algunos papeles indispensables para todo colombiano culto y patriota.

Bogotá, 20 de julio de 1960

Publicamos algunas páginas del prócer y mártir Francisco José de Caldas, en homenaje a su memoria. En él, como en todos los autores de la independencia colombiana, brillaron las cualidades de desinterés y abnegación propias de las almas superiores, ajenas a todo egoísmo y cálculo.

El *Semanario del Nuevo Reino de Granada* va a comenzar por el estado en que se halla su geografía. Los conocimientos geográficos son el termómetro con que se miden la ilustración, el comercio, la agricultura y la prosperidad de un pueblo. Su estupidez y su barbarie siempre son proporcionadas a su ignorancia en este punto. La geografía es la base fundamental de toda especulación política; ella da la extensión del país sobre que se quiere obrar, enseña las relaciones que tiene con los demás pueblos de la tierra, la bondad de sus costas, los ríos navegables, las montañas que le atraviesan, los valles que éstas forman, las distancias recíprocas de las poblaciones, los caminos establecidos, los que se pueden establecer, el clima, la temperatura, la elevación sobre el mar de todos los puntos, el genio y las costumbres de sus habitantes, las producciones espontáneas y las que pueden domiciliarse con el arte. Este es el grande objeto de la

geografía económica, tan antigua como nuestras necesidades; y el *Semanario*, consagrado principalmente a la felicidad de esta Colonia no puede abrirse de una manera más digna que presentando el cuadro de nuestros conocimientos geográficos. Aquí veremos los pasos que hemos dado, lo que sabemos, lo que ignoramos, y mediremos la distancia a que nos hallamos de la prosperidad; aquí aprenderemos a dirigir nuestros esfuerzos hacia aquel punto que más nos interesa, y nos desnudaremos de las preocupaciones que nos oprimen y que retardan la felicidad del Reino. Si alguna vez se censuran los usos establecidos, no es la maledicencia, no es la crítica amarga la que nos mueve; es si, el amor que profesamos al país en que hemos visto la luz.

Al hablar Francisco José de Caldas acerca de las investigaciones geográficas indispensables para la Nueva Granada, escribió el 8 de diciembre de 1807:

¿Quién creyera que todavía no tenemos ni aun una carta miserable de los países que están al este de la capital? ¿Quién puede decir con precisión el ancho, altura, proporciones u obstáculos que presentan los montes cuyo principio tenemos a la vista en Guadalupe y Monserrate? ¿Qué ríos los atraviesan? ¿Cuál es su curso? Pero ¡qué! ¡Cuando todavía no tenemos un plan corográfico de esta explanada encantadora sobre que vivimos y de que sacamos la mejor parte de nuestra subsistencia! Una vergonzosa ignorancia nos cubre por todas partes en las cosas que más nos interesan y que nos tocan más de cerca.

Que llevemos nuestras miradas al Norte, que las llevemos al Mediodía, que registremos lo más poblado o los desiertos de esta colonia, en todas partes no hallamos sino el sello de la desidia y de la ignorancia. Nuestros ríos y nuestras montañas nos son desconocidos; no sabemos la extensión del país en que hemos nacido, y nuestra geografía está en la cuna. Esta verdad capital, que nos humilla, debe sacarnos del letargo en que vivimos; ella debe hacernos más atentos sobre nuestros intereses; llevarnos a todos los ángulos de la Nueva Granada para medirlos, considerarlos y describirlos; esta es la que, grabada en el corazón de todos los buenos ciudadanos, los reunirá para recoger luces, hacer fondos, llamar inteligentes y no perdonar trabajos ni gastos para el escrupuloso reconocimiento de nuestras Provincias. No se trata ya de una carta común: escalas reducidas y todo lo que tenga apariencia de pequeñez y economía debe desaparecer del espíritu de nuestros compatriotas. Dos pulgadas cuadradas por lo menos deben representar una legua de terreno. Aquí se han de notar las colinas, las montañas, los pastos, las selvas, los rastrojos, lagos, pantanos, valles, ríos, sus vueltas y velocidad, estrechos, cataratas, pesca, todas las poblaciones, todos los establecimientos de agricultura, minerales, canteras, en fin, cuanto presenta la superficie de nuestro suelo. Reunidos estos cuadros, producirán una carta soberbia y digna de la Nueva Granada. Aquí vendrán el político, el magistrado, el filósofo, el negociante, a beber luces para el desempeño de sus oficios; aquí el viajero,

el botánico, el mineralogista, el que se ocupa con los seres vivientes, el militar y el agricultor verán con rasgos majestuosos pintados sus intereses. Todas las clases del Estado vendrán a tomar aquí la parte que les toca. Este es un cuadro mágico que toma todas las formas y se acomoda a todos los caracteres. Cada Provincia copiará su departamento y le guardará religiosamente. En estos trozos se formará la juventud, y a la vuelta de pocos años tendremos hombres capaces de concebir y de ejecutar grandes cosas. Por todas partes no se oirán sino proyectos, caminos, navegaciones, canales, nuevos ramos de industria, plantas exóticas connaturalizadas; la llama patriótica se encenderá en todos los corazones, y el último resultado será la gloria del Monarca y la prosperidad de esta Colonia.

* * *

Si se formase una expedición *geográfica o económica* destinada a recorrer el Virreinato; si ésta se compusiese de un astrónomo, de un botánico, de un mineralogista, de un encargado de la parte zoológica y de un economista, con dos o más diseñadores; si todas las Provincias contribuyesen con un fondo formado por los pudientes, y principalmente por los propietarios; si el comercio hiciese lo mismo por el grande interés que le resulta; si el Consulado de Cartagena animase esta empresa con el celo y la actividad con que promueve otras de la misma naturaleza; si los jefes de concierto la apoyasen con toda su autoridad, no hay duda que dentro de pocos años tendríamos la gloria de poseer una obra maestra en la geografía y en la política, y de haber puesto los fundamentos de nuestra prosperidad.

Si este proyecto presenta dificultades, no nos queda otro recurso, para conocer nuestra patria, que mejorar nuestros estudios. Si en lugar de enseñar a nuestros jóvenes tantas bagatelas; si mientras se les acalora la imaginación con la divisibilidad de la materia, se les diese noticias de los elementos de astronomía y de geografía, se les enseñase el uso de algunos instrumentos fáciles de manejar; si la geometría práctica y la geodesia ocupasen el lugar de ciertas cuestiones tan metafísicas como inútiles; si al concluir sus cursos supiesen medir el terreno, levantar un plano, determinar una latitud, usar bien de la aguja, entonces tendríamos esperanzas de que, repartidos por las Provincias, se dedicasen a poner en ejecución los principios que habrían recibido en los colegios y a formar la carta de su patria. Seis meses consagrados a unos estudios tan interesantes bastarían para poner a un joven en estado de trabajar en la grande obra de la geografía de esta colonia. Yo ruego a los encargados de la educación pública mediten y pesen si es más ventajoso al Estado y a la Religión gastar muchas semanas en sostener sistemas aéreos, y ese montón de materias fútiles o meramente curiosas, que dedicar este tiempo a conocer nuestro globo y el país que habitamos. ¿Qué nos importan los habitantes de la luna? ¿No nos estaría mejor conocer los moradores de las fértiles orillas del Magdalena?

Los Cuerpos religiosos que tienen a su cargo las misiones del Orinoco, Caquetá, Andaquíes, Mocoa y Mainas, debían educar a los jóvenes misioneros en estos importantes objetos. Estos hombres apostólicos llevarían a las naciones bárbaras, con la luz del Evangelio, la de las ciencias útiles. Imitadores celosos de los Padres Fritz, Coleti, Magnio y Gumilla, nos dejarían monumentos preciosos de su actividad e ilustración. Cartas exactas, determinaciones geográficas, descripciones de plantas y de animales, noticias importantes sobre los usos y costumbres de los salvajes que van a civilizar, serían los frutos de estos estudios. Ellos les servirían de recurso contra el tedio y las fatigas inseparables de su alto ministerio.

Los rudimentos de aritmética, geometría y trigonometría plana, de que tenemos buenos compendios; el conocimiento de los círculos de la esfera y de las constelaciones más notables; el uso del grafómetro, del gnomon, o de un cuarto de círculo, con pocas más nociones sobre los métodos de tirar una meridiana, y el del barómetro y termómetro, bastan para que un joven pueda concurrir con utilidad a ilustrar nuestra geografía.

Tenemos dos cátedras de matemáticas, y en la de filosofía se dan también nociones de estas ciencias; tenemos ya; gracias al sabio y generoso Mutis, un Observatorio Astronómico, en donde se pueden tomar nociones prácticas sobre el uso de algunos instrumentos; tenemos libros, y nada nos falta para poder trabajar en utilidad de la Patria. El amor de ésta me ha dictado estos pensamientos. Si ellos son útiles a mis compatriotas, ya estoy recompensado de los trabajos que me han costado; si no, ellos me perdonarán, atendiendo a la pureza de mis intenciones.

* * *

Para evitar confusión y simplificar nuestras ideas, llamo Nueva Granada a todos los países sujetos al Virreinato de Santafé, y bajo esta denominación comprendo el Nuevo Reino, la Tierra Firme y la Provincia de Quito. Este bello y rico país está situado en el corazón de la zona tórrida en la América Meridional. Se extiende, de Norte a Sur, desde los 12° de latitud boreal hasta 5°30' de latitud austral, y de Oriente a Poniente, desde los 60° hasta los 76° 50' al occidente del Observatorio real de Cádiz. Sobre el mar del Sur tiene cerca de 500 leguas de costa, desde el golfo Dulce hasta la ensenada del Túmbez: aquél lo separa de la Costa Rica en Guatemala, y ésta del Virreinato del Perú. Desde Túmbez, por un arco no bien determinado, va al Amazonas, más arriba de Jaén de Bracamoros; sigue por la orilla meridional de este río hasta Loreto; aquí se cambia a la del Norte, y en la embocadura de Iza, separándose del Marañón, se interna en el continente hasta el Orinoco, por países desconocidos, hasta la embocadura del Apure. Subiendo éste y el Sarare, toca en la cordillera de Cúcuta, busca las cabeceras del Táchira, sigue su curso hasta su embocadura en San Faustino, atraviesa hasta las

montañas de los motilones y goajiros, siguiendo éstas va a terminar en el cabo de la Vela. En el mar Atlántico posee 350 leguas, desde este punto hasta el río de las Culebras, que lo separa de Guatemala.

Este inmenso recinto, de figura irregular, ocupa sobre la superficie del globo 67.200 leguas cuadradas de a 6.610 varas castellanas cada una. Un plano horizontal y dilatado al Oriente (los llanos de San Juan, Casanare, etc.), otro a Occidente, aunque menor (Chocó, costa propiamente tal, Barbacoas, Esmeraldas y Guayaquil, terminan el territorio de la Nueva Granada. El primero continúa hasta la Guayana, y el segundo hasta el Pacífico: éste, poblado de bosques elevados, tan antiguos como la tierra que los produce; aquél tiene espacios inmensos cubiertos de gramíneas; y ambos cortados en sentidos diferentes por ríos caudalosos que llevan sus aguas, los unos al este y los otros al poniente del Nuevo Mundo. En medio de estas llanuras se eleva la famosa cadena de montañas llamada de los Andes, que después de tomar su origen en las tierras magallánicas, atraviesa el Chile, el Perú, la Nueva Granada, el Méjico y va a terminar al norte de la América. La parte que nos toca de esta inmensa cordillera comienza en Loja. A esta latitud (4°30'S.) su elevación es mediana y forma un solo cuerpo. Así continúa hasta el Azuay por 2°23' de latitud austral. Tiene este nombre un grupo de rocas, cuyas cimas casi tocan el término de la nieve permanente (2.480 toesas, o 5.786 varas). Aquí se divide en dos ramos bien caracterizados, paralelos entre sí en la dirección del meridiano, y dejan en medio un valle angosto, muy elevado (1.460 toesas) y largo en que están las poblaciones de Ríobamba (1.424 toesas), Ambato (1.334 toesas), Latacunga (1.425 toesas) y Quito (1.440). A la derecha se levantan las cimas majestuosas de Capacurcu (2.730 toesas), Tunguragua (2.620), Cotopaxi (2.950 toesas) y Cayambur (3.030 toesas); a la izquierda, el Chimborazo (3.220 toesas), Ilinisa (2.717), Pichincha (2.430) y otras, todas cubiertas de una nieve eterna, y de cuyo seno se ha elevado muchas veces la llama desoladora. En este trozo los Andes llegan al máximo de su altura (3.220 toesas), Mojanda (1.916 toesas), Imbabura (2.333), volcanes apagados; Cotacache (2.567 toesas), Yanaurcu (2.000 toesas) y las montañas de Guaca presentan un recinto desigual, cortado por muchos ríos que, reunidos, forman el Mira. Aquí están los corregimientos de Otavalo y de Ibarra.

En Tulcán (por 0°48' latitud boreal) vuelven a renacer los dos ramos paralelos de los Andes con dirección Norte, y abrazan el valle de los Pastos, quizá el más elevado del universo. Tres cimas ardiendo (el Azufral, Cumbal y Pasto) y otra tranquila (Chiles) terminan su horizonte. Un corte profundo, lecho del caudaloso Guáitara, lo separa de la ciudad de Pasto. Esta ocupa el centro de un pequeño valle circular coronado al Occidente por su volcán (2.300 toesas); mil arroyos forman dos ríos que se reúnen dentro de la misma población, y unos hombres tan sencillos como laboriosos habitan la parte más bella de los Andes. Desde este paralelo (1°15' latitud boreal), la cordillera pierde un tercio de su altura, sus ramos se reúnen y no presenta sino un país montañoso y desigual. De repente se precipita hacia el medio en Mercaderes (1°50' latitud boreal) y forma en su centro un valle profundo,

angosto, abrasador y regado de tres ríos principales (Quilcasé, Guachicono y San Jorge), que van a formar el Patías. Desde este bajo nivel (349 toesas), que tienen apariencias de abismo, se descubren las cimas de las montañas vecinas, y aun los velos eternos de los Andes, a una distancia prodigiosa. Aquí se separan otra vez los dos ramos para no volver a confundirse jamás. El fondo de los Patías se levanta a (2°10' de latitud boreal), y queda establecido el valle espacioso y desigual de Popayán a una elevación (900 toesas) ya una temperatura de (10° a 18° y casi siempre 15° de Réaumur), que parece inventada por los poetas. La cadena oriental recobra toda su altura y presenta las puntas nevadas de Sotará (2.300 toesas), Cocunucó (2.500 toesas), Huila (2.800 toesas) y Tolima (2.819 toesas), y exactamente en la dirección del meridiano, va a terminar en las cercanías de Mompós. La occidental, siempre paralela a la primera y a 8 o 10 leguas de distancia, pasa al oeste de Cali, Cartago, Antioquia; arroja un ramo al Norte, y vuelve al Noroeste a formar el Istmo de Panamá .. Cerca de Popayán (1°50' latitud boreal) se desprende un ramo principal con dirección al Nordeste, pasa por Santafé de Bogotá y Mérida y va a terminar hacia Caracas. Al norte de Pamplona se ramifica de diversos modos en La Guajira, y termina en la soberbia Sierra de Santa Marta.

Todas las aguas de Laja, Cuenca, Quito, Ibarra, Pastos, Pasto y Parias, en una palabra, todos los ríos de la parte meridional del Virreinato rompen la cordillera y se abren paso los unos al Este (las Juntas de Laja, Paute en Cuenca y Pata te cerca de Ambato), y los otros al Oeste (Catamayo, León, Mira y Patías). En Popayán, a los 2°20' de la línea, las cosas mudan de aspecto. Los tres ramos de la cordillera, semejantes a un muro impenetrable, no presentan ya ninguna brecha, y los ríos toman su curso hacia el Norte. Tales son el Atrato, Cauca y Magdalena. El primero baña un país bajo y cubierto de selvas interminables; el segundo, el valle nivelado y fecundo de Buga, y el suelo desigual de la Provincia de Antioquia; en fin, el tercero riega a Timaná, Neiva, Honda, Mompós, y descarga en el Océano entre Cartagena y Santa Marta.

Un calor abrasador y constante (de 279 a 309 Réaumur) reina en las llanuras que hacen basa a esta soberbia cadena de montañas. El hombre que habita estas regiones se desarrolla con velocidad y adquiere una estatura gigantesca; pero sus movimientos son lentos, y una voz lánguida y pausada, unida a un rostro descarnado y pálido, anuncian que estas regiones no son las más ventajosas para el aumento de la especie humana. Palmeras colosales, maderas preciosas, resinas, bálsamos, frutos deliciosos, son los productos de los bosques interminables que cubren estos países ardientes. Aquí habitan el tigre (*felis onza L.*), el mono, el perezoso; aquí se arrastran serpientes venenosas, y aquí el crótalo horroroso (la cascabel) amenaza a todo viviente en estas soledades. Esta es la patria del mosquito insoportable y de esos ejércitos numerosos de insectos, entre los cuales unos son molestos, otros inocentes, éstos brillantes, aquéllos temibles. Las aguas cálidas de los ríos anchurosos están

pobladas de peces, y en sus orillas viven la rana, la tortuga, mil lagartos de escalas diferentes, y el enorme cocodrilo (caimán) ejerce sin rival un imperio tan ilimitado como cruel.

La región media de los Andes (desde 900 hasta 1.500 toesas) , con un clima dulce y moderado (de 109 a 199 Réaumur), produce árboles de alguna elevación, legumbres, hortalizas saludables, mieses, todos los dones de Ceres; hombres robustos, mujeres hermosas, de bellos colores, son el patrimonio de este suelo feliz. Lejos del veneno mortal de las serpientes, libres del molesto aguijón de los insectos, pasean sus moradores los campos y las selvas con entera libertad. El buey, la cabra, la oveja les ofrecen sus despojos y les acompañan en sus fatigas. El ciervo, la danta (*tapirus L.*), el oso, el conejo, etc., pueblan los lugares adonde no ha llegado el imperio del hombre.

La parte superior (desde 1.500 hasta 2.300 toesas), bajo un cielo nebuloso y frío, no produce sino matas, pequeños arbustos y gramíneas. Los musgos, las algas y demás criptógamas ponen término a toda la vegetación a 2.280 toesas sobre el mar. Los seres vivientes huyen de estos climas rigurosos, y muy pocos se atreven a escalar estas montañas espantosas. De este nivel hacia arriba ya no descubren sino arenas estériles, rocas desnudas, hielos eternos, soledad y nieblas.

Esta pintura de los Andes ecuatoriales nos manifiesta que basta descender 2.400 toesas para pasar rápidamente de las nieves polares a los calores del Senegal; que aquí se acercan las extremidades de nuestro globo, y se tocan y confunden la zona tórrida y la glacial. Nosotros vemos encerradas en el pequeño espacio de 10 a 14 leguas todas las temperaturas de la tierra y todas las presiones atmosféricas bajo de que puede respirar el hombre. Mientras que en los países situados fuera de los trópicos, el calor y el frío, la verdura y los frutos se suceden con relación al lugar que ocupa el sol en la eclíptica, en nuestros Andes todo es permanente. Nieves tan antiguas como el mundo siempre han cubierto la frente majestuosa de nuestras montañas; las selvas nunca han depuesto su follaje; las flores y los frutos jamás han faltado en nuestros campos, y los calores del estío siempre han abrasado nuestras costas y nuestros valles. Cuando unas noches dilatadas siguen a unos días rápidos; cuando días largos preceden a noches momentáneas en los países septentrionales y antárticos, aquí un equinoccio eterno, una igualdad inalterable ha existido desde la creación. Los astros siempre han subido perpendiculares al horizonte, y el sol siempre nos ha vivificado doce horas con su presencia, y otras tantas nos ha dejado para el descanso y para el sueño.

Esta asombrosa variedad de producciones, de temperaturas y de presión, en lugares tan poco distantes, es preciso que haya influido sobre el carácter y las costumbres de los pueblos que habitan la base de la cordillera, o sobre ella. En efecto, ¡qué rasgos tan diferentes y decisivos no se advierten entre el hombre de la costa y el de la cima de lo Andes! El ojo menos penetrante y observador distingue al momposino del pamplonés, al que respira el aire abrasador de Guayaquil del que vive en

la dulce temperatura de Cuenca; y el salvaje del Orinoco en nada se parece al rústico de Quito. Hay pocos puntos sobre la superficie del globo, más ventajosos para observar, y se puede decir para tocar el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes y sus vicios.

Todos los habitantes (cerca de tres millones, incluso los bárbaros) de esta bella porción de la América se pueden dividir en *salvajes* y en hombres *civilizados*. Los primeros son aquellas tribus errantes, sin más artes que la caza y la pesca, sin otras leyes que sus usos, que mantienen su independencia con su barbarie, y en quienes no se hallan otras virtudes que carecer de algunos vicios de los pueblos civilizados. Tales son las hordas del Darién, Chocó, Mainas, Sucumbías, Orinoco, Andaquíes y Goajira. Los segundos son los que, unidos en sociedad, viven bajo las leyes suaves y humanas del monarca español. Entre éstos se distinguen tres razas de origen diferente: el indio indígena del país, el europeo su conquistador y el africano introducido después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Entiendo por europeos no sólo los que han nacido en esa parte de la tierra, sino también sus hijos, que, conservando la pureza de su origen, jamás se han mezclado con las demás castas. A éstos se conoce en la América con el nombre de criollos, y constituyen la nobleza del Nuevo Continente, cuando sus padres la han tenido en su país natal. De la mezcla del indio, del europeo y del negro, cruzados de todos modos y en proporciones diferentes, provienen el mestizo, el cuarterón, el mulato, etc., y forman el pueblo bajo esta Colonia.

La posición geográfica de la Nueva Granada parece que la destina al comercio del universo. Situada bajo la línea a iguales distancias de Méjico y California por el Norte, como de Chile y Patagonia por el Sur, ocupa el centro del Nuevo Continente. A la derecha tiene todas las riquezas septentrionales, a la izquierda todas las producciones del mediodía de América. Con puertos sobre el Pacífico y puertos sobre el Atlántico, en medio de la inmensa extensión de los mares, lejos de los huracanes y de los carámbanos de las extremidades polares de los continentes, puede llevar sus especulaciones mercantiles desde donde nace el sol hasta el ocaso. Mejor situada que Tiro y que Alejandría, puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil africano, la industria europea, las pieles del Norte, la ballena del Mediodía y cuanto produce la superficie de nuestro globo. Ya me parece que esta colonia afortunada recoge con una mano las producciones del hemisferio en que domina la Osa, y con la otra del opuesto; me parece que se liga con todas las naciones, y que lleva al polo los frutos de la línea, y a la línea las producciones del polo. Convengamos: nada hay mejor situado en el Viejo ni en el Nuevo Mundo que la Nueva Granada. No nos deslumbremos con las riquezas de Méjico ni con la plata del Potosí. Nada tenemos que envidiar a estas regiones tan ponderadas. Nuestros Andes son tan ricos como aquéllos, y el lugar que ocupamos es el primero. El Perú, arrinconado allá sobre una zona estéril en las costas del Pacífico; Méjico, con una situación más feliz en los confines de la zona tórrida y

templada, ¿pueden contar como nosotros con el número prodigioso de ríos, de estos canales cavados por las manos de la naturaleza, por donde algún día deben correr nuestras riquezas desde el centro hasta las extremidades? Buenos Aires, el Brasil, la Guayana, Caracas, las Provincias independientes del Norte, el Canadá, etc., no pueden venir al Sur sin correr los peligros de Magallanes, y no pueden pasar al Oriente sin visitar el cabo más meridional del África, tan temido de los navegantes. La Nueva Granada tiene en su arbitrio mandar sus buques a China y a Europa, a Groenlandia y a Kamtchatka, sin tocar con aquellas puntas borrascosas que tanto retardan el comercio de las naciones. Esta es nuestra situación, y estas son las relaciones que tenemos con todos los pueblos de la tierra. Volvamos ahora nuestros ojos sobre nosotros mismos, registremos los departamentos de nuestra propia casa, y veamos si la disposición interna de esta Colonia corresponde al lugar afortunado que ocupa sobre el globo.

La extremidad septentrional del Virreinato, la parte más estrecha del Nuevo Continente, la que constituye el Istmo de Panamá, el más célebre del universo, debió llamar la atención de todos los políticos desde la época de su descubrimiento. Una lengua de tierra de 15 leguas de ancho, cortada en todos sentidos por ríos que van a desembocar directamente a los dos mares, cuyas montañas apenas merecen este nombre, llamaba a su reconocimiento a todos los geógrafos y a todos los estadistas. No se puede oír sin humillación que hayan corrido 300 años desde aquella época, y que hasta hoy no tengamos un plano que nos dé idea del interior del país, de las proporciones o de las dificultades de la navegación de esos ríos, de su origen y de la posibilidad de unidos. Ha mucho tiempo que se habla del Atrato, de su inmediación a San Juan, del arrastradera de San Pablo, y que se ha mirado como fácil la unión del Atlántico con el Pacífico. Pero ¿qué hemos hecho con estas esperanzas lisonjeras? ¿No hemos dado un solo paso en esta materia importante y capaz de hacer mudar de aspecto las ideas mercantiles de la América?

La inmensa extensión de terreno que ocupan nuestras costas en el Pacífico (500 leguas) desde Veraguas hasta Tumbes, los ríos caudalosos que bajan de los Andes occidentales, y la forma de esta cadena de montañas apenas nos son conocidos. Cartas miserables, cartas sin detalles, cartas contradictorias, más propias para inspirar dudas que para dar luces, son las que forman el atlas marítimo y terrestre de la parte occidental de esta colonia. Los académicos del Ecuador levantaron una pequeña parte de esta costa en 1736 y hasta 1790 nada habíamos adelantado sobre este objeto interesante. Las corbetas de Su Majestad *Descubierta* y *Atrevida* derramaron algunas luces sobre estas regiones tenebrosas; pero han dejado mucho que desear a los sabios, y creo que la mies está todavía intacta y reservada a la *Expedición de costas* que actualmente trabaja en el Sur. Aun cuando estos marinos nos hagan conocer la hidrografía de nuestras costas, el interior del país nos será por mucho tiempo desconocido. Las pocas noticias que tenemos de estas regiones nos hacen desear

vivamente que se acerque el tiempo de su reconocimiento. En efecto, el Chocó, Barbacoas y todo lo comprendido dentro de la cordillera y las costas, tienen caracteres que deben interesar al botánico, al geologista, al político, al litólogo, al geógrafo y al físico.

La parte baja y marítima de estos países la constituye una zona horizontal de 12 a 15 leguas de anchura, baja, anegadiza en gran parte, cruzada por mil ríos caudalosos, que ya se separan, ya se reúnen, que forman un archipiélago continuo en sus embocaduras, y que lentos y perezosos, se dejan balancear de Oriente a Occidente por las fuerzas de la luna a muchas leguas dentro del Continente. Después el terreno va elevándose por grados insensibles, se comienzan a ver pequeñas colinas, y las aguas corren con alguna velocidad. Más adentro el país se escarpa, y levantan su frente soberbia los Andes. Diez mil arroyos se precipitan de su cima: aquí forman cascadas vistosas, allá torrentes acelerados; reunidos a grupos, forman ríos enormes, en cuyos vórtices terribles, pasos peligrosos detienen al navegante, y en fin, en un plano menos inclinado, se acercan al Océano con paso majestuoso y tranquilo. Todo este país está enteramente cubierto de selvas colosales, en donde una vegetación vigorosa no deja otros vacíos que los que les disputan las ondas. Aromas, bálsamos, maderas preciosas, palmeras diferentes, yerbas medicinales, flores desconocidas, aves vistosas, bandadas de saínos (*sus tajassu L.*), familias numerosas de monos, anfibios diferentes, insectos útiles, reptiles venenosos, llaman a los naturalistas. Pocas poblaciones, algunos grupos de chozas pajizas sembradas a largas distancias, y siempre en las orillas de los ríos, es lo único habitado de este inmenso país. Algunos indios a medio civilizar, pocas castas, muchos negros (25.000), constituyen su población. Este, robusto, sano, bien constituido y desnudo, unas veces recorre con alegría y con intrepidez los peligros de sus ríos, o atraviesa los bosques despreciando el veneno mortal de las serpientes, contra quienes tienen remedios victoriosos, que oculta, como el Bracman, los dogmas de su religión; otras, cubierto de sudor, sumergido hasta la rodilla en el agua y armado de una robusta barra, agota todas sus fuerzas para arrancar de las entrañas de la tierra el oro y la platina. El maíz, la yuca y el plátano, unidos a la pesca abundante de sus ríos anchurosos, forman su subsistencia. Acostumbrados a la servidumbre, se sujetan con facilidad a la voz imperiosa de un solo hombre, a quien pudieran despreciar impunemente. Confinados en un rincón de estos bosques inmensos, entregados sin reserva a enriquecer a su dueño, separados del resto de los hombres, ignoran como el trapista todas las vicisitudes y todas las revoluciones del género humano. Todos los días de su vida son iguales, y a sus ojos parece que el tiempo ha perdido su imperio y que todas las cosas se han fijado para siempre. Su ambición se limita a merecer el mando de su tribu, y su codicia a recoger el valor de su persona y de sus hijos.

Sin ideas, sin otros conocimientos que los de sus bosques y de sus ríos, nada desea, y vive contento en el centro de una barraca miserable. Con un poco más de humanidad en sus señores, con más

cuidado en su parte moral, estos hombres serían, en el seno mismo de la ignorancia y de la esclavitud, unos seres dichosos. Los animales domésticos que hacen las riquezas verdaderas y las comodidades de la vida, son desconocidos de estos moradores: el buey, la oveja, la cabra no pueden existir en medio de bosques elevados y sombríos en donde faltan las gramas y los alegres pastos; y el caballo, el asno y el mulo les son absolutamente inútiles. En efecto, en un suelo cortado por todas partes de ríos navegables no puede hacer papel el más bello y el más noble de los cuadrúpedos. De aquí la falta de los productos de estos seres vivientes, y la necesidad de mendigarlos de sus vecinos (Antioquia, Cali, Pastos, Quito, etc.). Aquí no existe ni aun la sombra de la industria, y las pocas telas que consumen nuestras costas occidentales van de Quito o de Europa por diferentes puntos. Lluève la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera del seno del Océano Pacífico; el viento oeste, que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del Continente; los Andes las detienen en la mitad de la carrera; aquí se acumulan y dan a estas montañas un aspecto sombrío y amenazador; el cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras que amenazan a todo viviente; una calma sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de viento dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas, truenos espantosos; los ríos salen de su lecho; el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra, y todo parece que anuncia la ruina del universo. En medio de este conflicto el viajero empalidece cuando el habitante del Chocó duerme tranquilo en el seno de su familia. Una larga experiencia le ha enseñando que las resultas de estas convulsiones de la naturaleza son pocas veces funestas, que todo se reduce a luz, agua, ruido, y que dentro de pocas horas se restablecen el equilibrio y la serenidad.

